

— Vida mía, tengo que hablarte... ¿dónde y cuándo?

— Esta tarde... en las Comendadoras... á las seis.

Y nada más. Abelarda se escapó á arreglar la sala, y Víctor se puso á escribir, arrojando con desdén la careta y pensando de este modo: «La chiflada ésta quiere saber cuándo tocan á perderse... ¡Ah!... pues si tú lo cataras... Pero no lo catarás».

XXXII

Puntual, como la hora misma, entró Abelarda, á la de la cita, en las Comendadoras. La iglesia, callada y oscura, estaba que ni de encargo para el misterioso objeto de una cita. Quien hubiera visto entrar á la chica de Villamil, se habría pasmado de notar en ella su mejor ropa, los verdaderos trapitos de cristianar. Se los puso sin que lo advirtiera su madre, que había salido á las cinco. Sentóse en un banco, rezando distraída y febril, y al cuarto de hora entró Víctor, que al pronto no veía gota, y dudaba á qué parte de la iglesia encaminarse. Fué ella á servirle de guía, y le tocó el brazo. Diéronse las manos y se sentaron cerca de la puerta, en un lugar bastante recogido y el más tenebroso de la iglesia, á la entrada de la capilla de los Dolores.

Á pesar de su pericia y del desparpajo con que solía afrontar las situaciones más difíciles, Víctor, no sabiendo cómo desflorar el asunto, estuvo mascando un rato las primeras palabras. Por fin, resuelto á abreviar, encomendándose mentalmente al demonio de su guarda, dijo:

—Empiezo por pedirte perdón, vida mía; perdón, sí, lo necesito, por mi conducta... imprudente... El amor que te tengo es tan hondo, tan avasallador, que anoche, sin saber lo que hacía, quise lanzarte por las... escabrosidades de mi destino. Estarás enojadísima conmigo, lo comprendo, porque á una mujer de tu calidad, proponer yó como propuse...! Pero estaba ciego, demente, y no supe lo que me dije. ¡Qué idea habrás formado de mí! Merezco tu desprecio. Proponerte que abandonarás tus padres, tu casa, por seguirme á mí, á mí, cometa errante (recordando frases que había leído en otros tiempos y enjaretándolas con la mayor frescura), á mí que corro por los espacios, sin dirección fija, sin saber de dónde he recibido el impulso ni adónde me lleva mi carrera loca...! Me estrellaré; de fijo me estrellaré. Pero sería un infame, Abelarda (tomándole una mano), sería el último de los monstruos si permitiera que te estrellaras conmigo... tú, que eres un ángel; tú, que eres el encanto de tu familia... ¡Oh! te pido perdón, y me pondría de rodillas para alcanzarlo. Cometí gravísimo atentado contra

tu dignidad, ultrajé tu candor, proponiéndote aquella atrocidad nacida en este cerebro calenturiento... en fin, perdóname, y admite mis honradas excusas. Te amo, te amo, y te amaré siempre, sin esperanza, porque no puedo aspirar á poseer tan.. rica joya. Insultaría á Dios si tal aspiración tuviese...

No acertaba la *Miau* á comprender bien aquella palabrería, de sentido tan opuesto á lo que esperaba escuchar. Mirábale á él, y después á la imagen más próxima, un San Juan con cordero y banderola, y le preguntaba al santo si aquello era verdad ó sueño.

— Estás, estás perdonado — murmuró respirando muy fuerte.

— No extrañes, amor mío — prosiguió él, dueño ya de la situación, — que en tu presencia me vuelva tímido y no sepa expresarme bien. Me fascinas, me anonadas, haciéndome ver mi pequeñez. Perdóname el atrevimiento de anoche. Quiero ahora ser digno de ti, quiero imitar esa serenidad sublime. Tú me marcas el camino que debo seguir, el camino de la vida ideal, de las acciones perfectamente ajustadas á la ley divina. Te imitaré; haré por imitarte. Es preciso que nos separemos, mujer incomparable. Si nos juntamos, tu vida corre peligro y la mía también. Estamos cercados de enemigos que nos acechan, que nos vigilan... ¿Qué debemos hacer?... Separarnos en la tierra, unirnos en las

esferas ideales. Piensa en mí, que yo ni un instante te apartaré de mi pensamiento...

Abelarda, inquietísima, se movía en el banco como si éste se hallara erizado de púas.

— ¿Cómo olvidar que euando toda la familia me despreciaba, tú sola me comprendías y me consolabas? ¡Ah! no se olvida eso en mil años. Te aseguro que eres sublime. Soy un miserable. Déjame abandonado á mi triste suerte. Sé que has de pedir á Dios por mí, y esto me consuela. Si yo creyera, si yo pudiera prosternarme ante ese altar ó ante otro semejante, si yo rezar pudiese, rezaría por ti... Adiós, amor mío.

Quiso cogerle una mano, pero Abelarda la retiró, volviendo la cara hacia el opuesto lado.

— Tu esquivez me mata. Bien sé que la merezco... Anoche estuve contigo irrespetuoso, grosero, indelicado. Pero ya has dicho que me perdonabas. ¿Á qué ese gesto? Ya, ya sé... Es que te estorbo, es que te soy aborrecible... Lo merezco; sé que lo merezco. Adiós. Estoy expiando mis culpas, porque ahora quiero separarme de ti, y ya ves, no puedo... ¡Clavado en este banco!... (impaciente, y atropellándose por concluir pronto). ¿Te acordarás de mí en tu vida futura?... Oye un consejo: cástate con Ponce, y si no te casas, entra en un convento, y reza por él y por mí, por este pecador... Tú has nacido para la vida espiritual. Eres muy grande, y no cabes en la estrechez del matrimonio ni en la...

prosaica vida de familia... No puedo seguir, mujer, porque pierdo la razón... deliro y... Valor... un supremo esfuerzo... Adiós, adios.

Y como alma que lleva Satanás, salió de la iglesia, refunfuñando. Tenía prisa, y se felicitaba de haber saldado una fastidiosa cuentecilla. «¡Qué demonio! — dijo, mirando su reloj y avivando el paso. — Pensé despachar en diez minutos y he empleado veinte. ¡Y *aquella* esperándome desde las seis!... Vamos, que sin poderlo remediar me da lástima de esta inefable cursi. Van á tener que ponerte camisa... ó corsé de fuerza».

Y Abelarda, ¿qué hacía y qué pensaba? Pues si hubiera visto que al púlpito de la iglesia subía el Diablo en persona y echaba un sermón acusando á los fieles de que no pecaban bastante, y diciéndoles que si seguían así no ganarían el infierno; si Abelarda hubiera visto esto, no se habría pasmado como se pasmó. La palabra del monstruo y su salida fugaz dejáronla yerta, incapaz de movimiento, el cerebro cuajado en las ideas y en las impresiones de aquella entrevista, como substancia echada en molde frío y que prontamente se endurece. Ni le pasó por la cabeza rezar, ¿para qué? Ni marcharse, ¿adónde? Mejor estaba allí, quieta y muda, rivalizando en inmovilidad con el San Juan del gallardete y con la Dolorosa. Ésta se hallaba al pie de la cruz, rígida en su enjuto vestido negro y en sus

tocas de viuda, acribillado el pecho de espaditas de plata, las manos cruzadas con tanta fuerza, que los dedos se confundían formando un haz apretadísimo. El Cristo, mucho mayor que la imagen de su madre, extendíase por el muro arriba, tocando al techo del templete con su corona de abrojos, y estirando los brazos á increíble distancia. Abajo velas, los atributos de la Pasión, exvotos de cera, un cepillo con los bordes de la hendidura mugrientos, y el hierro del candado muy roñoso; el paño del altar goteado de cera; la repisa pintada imitando jaspe. Todo lo miraba la señorita de Villaamil, no viendo el conjunto, sino los detalles más ínfimos, clavando sus ojos aquí y allí como agaja que picotea sin penetrar, mientras su alma se apretaba contra la esponja henchida de amargor, absorbiéndolo todo.

Vinieron á coincidir en el tiempo dos gravísimos actos, cada uno de los cuales pudo decidir por sí solo la vida ulterior de la insignificante y trastornada joven. Con diferencia de dos horas y media, se realizaron el suceso que acabo de referir y otro no menos importante. Ponce, conferenciando con doña Pura en la sala de ésta, sin testigos, se mostró enojado porque los padres de su prometida no habían fijado aún el día de la boda.

— Pues por fijado, hijo, por fijado. Ramón y yo no deseamos otra cosa. ¿Le parece á usted

que á principios de Mayo? ¿el día de la Cruz?

Poco antes doña Pura había explicado la ausencia de su hija en la tertulia por el grandísimo enfriamiento que aquella tarde cogiera en las Comendadoras. Entró en casa castañeteando los dientes, y con un calenturón tan fuerte, que su madre la mandó acostarse al momento. Era esto verdad; mas no toda la verdad, y la señora se calló el asombro de verla entrar á horas desusadas y con un vestido que no acostumbraba ponerse para ir de tarde á la iglesia más próxima. «Eso es, lo mejoreito que tienes; estropéalo donde no lo puedes lucir, y dedícate á refregar con ese casimir tan rico de catorce reales los bancos de la iglesia, llenos de mugre, de polvo y de cuanta porquería hay». También se calló que su hija no contestaba acorde á nada de cuanto le decía. Esto, el chasquido de dientes y la repugnancia á comer movieron á doña Pura á meterla en la cama. No las tenía la señora todas consigo, y estaba cavilosa buscando el sentido de ciertas rarezas que en la niña notaba. «Sea lo que quiera — pensó, — cuanto más pronto la casemos, mejor». Sobre esto dijo algo á su marido; pero Villaamil no se había dignado contestar sílaba; tan tétrico y cabizbajo andaba.

Abelarda, que se hacía la dormida para que no la molestase nadie, vió á Milagros acostando á Luisito, el cual no se durmió pronto aquella

noche, sino que daba vueltas y más vueltas. Cuando ambos se quedaron solos, Abelarda le mandó estarse callado. No tenía ella ganas de jarana; era tarde y necesitaba descanso.

— Tía, no puedo dormirme. Cuéntame cuentos.

— Sí, para cuentos estoy yo. Déjame en paz ó verás...

Otras veces, al sentir á su sobrino desvelado, la insignificante, que le amaba entrañablemente, procuraba calmar su inquietud con afectuosas palabras; y si esto no era bastante, se iba á su cama, y arrullándole y agasajándole, conseguía que conciliara el sueño. Pero aquella noche, excitada y fuera de sí, sentía tremenda inquina contra el pobre muchacho; su voz la molestaba y hería, y por primera vez en su vida pensó de él lo siguiente: «¿Qué me importa á mí que duermas ó no, ni que estés bueno ni que estés malo, ni que te lleven los demonios?»

Luisito, hecho á ver á su tía muy cariñosa, no se resignaba á callar. Quería paliar á todo trance, y con voz de mimo, dijo á su compañera de habitación:

— Tía, ¿viste tú por casualidad á Dios alguna vez?

— ¿Qué hablas ahí, tonto?... Si no te callas, me levanto y...

— No te enfades... pues yo, ¿qué culpa tengo?

Yo veo á Dios, le veo cuando me da la gana; para que lo sepas... Pero esta noche no le veo más que los pies... los pies con mucha sangre, clavaditos y con un lazo blanco, como los del Cristo de las melenas que está en Monserrat... y me da mucho miedo. No quiero cerrar los ojos, porque... te diré... yo nunca le he visto los pies, sino la cara y las manos... y esto me pasa... ¿sabes por qué me pasa?... porque hice un pecado grande... porque le dije á mi papá una mentira, le dije que quería ir con la tía Quintina á su casa. Y fué mentira. Yo no quiero ir más que un ratito para ver los santos. Vivir con ella no. Porque irme con ella y dejaros á vosotros es pecado, ¿verdad?

— Cállate, cállate, que no estoy yo para oír tus sandeces... ¿Pues no dice que ve á Dios el muy borrico?... Sí, ahí está Dios para que tú le veas, bobo...

Abelarda oyó al poco rato los sollozos de Cadalsito, y en vez de piedad, sintió, ¡cosa más rara!, una antipatía tal contra su sobrino, que mejor pudiera llamarse odio sañudo. El tal mocoso era un necio, un farsante que embaucaba á la familia con aquellas simplezas de ver á Dios y de querer hacerse curita; un hipócrita, un embustero, un mátalas-callando... y feo, y enclenque, y consentido además...

Esta hostilidad hacia la pobre criatura era semejante á la que se inició la víspera en el co-

razón de Abelarda contra su propio padre, hostilidad contraria á la naturaleza, fruto sin duda de una de esas auras epileptiformes que subvierten los sentimientos primarios en el alma de la mujer. No supo ella darse cuenta de cómo tal monstruosidad germinara en su espíritu, y la veía crecer, crecer á cada instante, sintiendo cierta complacencia insana en apreciar su magnitud. Aborrecía á Luis, le aborrecía con todo su corazón. La voz del chiquillo le encalabrínaba los nervios, poniéndola frenética.

Cadalsito, sollozando, insistió: «Le veo las piernas negras con manchurrónes de sangre, le veo las rodillas con unos cardenales muy negros, tía... tengo mucho miedo... ¡Ven, ven!»

La *Miau* crispó los puños, mordió las sábanas. Aquella voz quejumbrosa removía todo su ser, levantando en él una ola rojiza, ola de sangre que subía hasta nublarle los ojos. El chiquillo era un cómico, fingido y trapalón, bajado al mundo para martirizarla á ella y á toda su casta... Pero aun quedaba en Abelarda algo de hábito de ternura que contenía la expansión de su furor. Hacía un movimiento para echarse de la cama y correr á la de Luis con ánimo de darle azotes, y se reprimía luego. ¡Ah! como pusiera las manos en él, no se contentaría con la azotaina... le ahogaría, sí. ¡Tal furia le abrasaba el alma y tal sed de destrucción tenían sus ardientes manos!

— Títa, ahora le veo el faldellín todo lleno de sangre, mucha sangre... Ven, enciende luz, ó me muero de susto; quitámele, dile que se vaya. El otro Dios es el que á mí me gusta, el abuelo guapo, el que no tiene sangre, sino un manto muy fino y unas barbas blanquísimas...

Ya no pudo ella dominarse, y saltó del lecho... Quedóse á su orilla inmovilizada, no por la piedad, sino por un recuerdo que hirió su mente con vívida luz. Lo mismo que ella hacía en aquel instante, lo había hecho su difunta hermana en una noche triste. Sí, Luisa padecía también aquellas horribles corazonadas de aborrecer á su progenitura, y cierta noche que le oyó quejarse, echóse de la cama y fué contra él, con las manos amenazantes, trocada de madre en fiera. Gracias que la sujetaron, pues si no, sabe Dios lo que habría pasado. Y Abelarda repetía las mismas palabras de la muerta, diciendo que el pobre niño era un monstruo, un aborto del infierno, venido á la tierra para castigo y condenación de la familia.

Llevóla este recuerdo á comparar la semejanza de causas con la semejanza de efectos, y pensó angustiadísimamente: «¿Estaré yo loca, como mi hermana?... ¿Es locura, Dios mío?»

Volvió á meterse entre sábanas, prestando atención á los sollozos de Luis, que parecían atenuarse, como si al fin le venciera el sueño. Transcurrió un largo rato, durante el cual la

títa se aletargó á su vez; pero de improviso despertó sintiendo el mismo furor hostil en su mayor grado de intensidad. No la detuvo entonces el recuerdo de su hermana; no había en su espíritu nada que corrigiese la idea, ó mejor dicho, el delirio de que Luis era una mala persona, un engendro detestable, un ser infame á quien convenía exterminar. Él tenía la culpa de todos los males que la agobiaban, y cuando él desapareciera del mundo, el sol brillaría más y la vida sería dichosa. El chiquillo aquél representaba toda la perfidia humana, la traición, la mentira, la deshonra, el perjurio.

Reinaba profunda obscuridad en la alcoba. Abelarda, en camisa y descalza, echándose un mantón sobre los hombros, avanzó palpando... Luego retrocedió buscando las cerillas. Había-sele ocurrido en aquel momento ir á la cocina on busca de un cuchillo que cortara bien. Para esto necesitaba luz. La encendió, y observó á Luis que al cabo dormía profundamente. «¡Qué buena ocasión! — se dijo; — ahora no chillará, ni hará gestos... Farsante, pinturero, monigote, me las pagarás... Sal ahora con la pamplina de que ves á Dios... Como si hubiera tal Dios, ni tales carneros...» Después de contemplar un rato al sobrinillo, salió resuelta. «Cuanto más pronto, mejor». El recuerdo de los sollozos del chico, hablando aquellos disparates de los pies que veía, atizaba su cólera. Llegó á la cocina y

no encontró cuchillo, pero se fijó en el hacha de partir leña, tirada en un rincón, y le pareció que este instrumento era mejor para el caso, más seguro, más ejecutivo, más cortante. Cogió el hacha, hizo ademán de blandirla, y satisfecha del ensayo, volvió á la alcoba, en una mano la luz, en otra el arma, el mantón por la cabeza... Figura tan extraña y temerosa no se había visto nunca en aquella casa. Pero en el momento de abrir la puerta de cristales de la alcoba, sintió un ruido que la sobrecogió. Era el del llavín de Víctor girando en la cerradura. Como ladrón sorprendido, Abelarda apagó de un soplo la luz, entró, y se agachó detrás de la puerta, recatando el hacha. Aunque rodeada de tinieblas temía que Víctor la viese al pasar por el comedor y se hizo un ovillo, porque la furia que había determinado su última acción se trocó súbitamente en espanto con algo de femenil vergüenza. Él pasó alumbrándose con una cerilla, entró en su cuarto y se cerró al instante. Todo volvió á quedar en silencio. Hasta la alcoba de Abelarda llegaba débil, atravesando el comedor y las dos puertas de cristales, la claridad de la vela que encendiera Víctor para acostarse. Cosa de diez minutos duró el reflejo; después se extinguió, y todo quedó en sombra. Pero la cuitada no se atrevía ya á encender su luz; fué tanteando hasta la cama, escondió el hacha bajo la cómoda próxima al lecho, y se deslizó

en éste reflexionando: «No es ocasión ahora. Gritaría, y el otro... Al otro le daría yo el hachazo del siglo; pero no basta un hachazo, ni dos, ni ciento... ni mil. Estaría toda la noche dándole golpes y no le acabaría de matar».

XXXIII

Nuestro infortunado Villaamil no vivía desde el momento aciago en que supo la colocación de su yerno, y para mayor desdicha el prohombre ministerial no le hacía caso. Inmediatamente después de almorzar, se echaba á la calle, y se pasaba el día de oficina en oficina, contando su malaventura á cuantos encontraba, refiriendo la atroz injusticia, que, entre paréntesis, no le cogía de nuevo; porque él, se lo podían creer, nunca esperó otra cosa. Cierto que, apretado por la fea necesidad, y llegando á sentir como un estorbo en aquel pesimismo que se había impuesto, se lo arrancaba á veces como quien se arranca una máscara, y decía, implorando con toda el alma desnuda: «Amigo Cucúrbitas, me conformo con cualquier cosa. Mi categoría es de Jefe de Administración de tercera; pero si me dan un puesto de oficial primero, vamos, de oficial segundo, lo tomo, sí señor, lo tomo, aunque sea en provincias.» La misma cantinela le entonaba al Jefe del Perso-

nal, á todos los amigos influyentes que en la casa tenía, y epistolarmente al Ministro y á Pez. Á Pantoja, en gran confianza, le dijo: «Aunque sea para mí una humillación, hasta oficial tercero aceptaré por salir de estas angustias... Después, Dios dirá».

Luego iba de estampía contra Sevillano, de quien se hablará después, empleado en el Personal, el cual le decía con expresión de lástima: «Sí, hombre sí, cálmese usted; tenemos nota preferente... Debe usted procurar serenarse». Y le volvía la espalda. Poco á poco fué el santo varón desmintiendo su carácter, aprendiendo á importunar á todo el mundo y perdiendo el sentido de las conveniencias. Después de verle andar por las oficinas, dando la lata á diferentes amigos, sin excluir á los porteros, Pantoja le habló en confianza:

—¿Sabes lo que el bigardo de tu yerno le dijo al Diputado ese? Pues que tú estabas loco y que no podías desempeñar ningún destino en la Administración. Como lo oyes; y el Diputado lo repitió en el Personal delante de Sevillano y del hermano de Espinosa, que me lo vino á contar á mí.

—¿Eso dijo? (estupefacto). ¡Ah! lo creo. Es capaz de todo...

Esto acabó de trastornarle. Ya la insistencia de su incansable porfía y la expresión de ansiedad que iban tomando sus ojos asustaba á sus amigos. En algunas oficinas, cuidaban de

no responderle ó de hablarle con brevedad para que se cansara y se fuese con la música á otra parte. Pero estaba á prueba de desaires, por habérsele encallecido la epidermis del amor propio. En ausencia de Pantoja, Espinosa y Guillén le tomaban el pelo de lo lindo:

—¿No sabe usted, amigo Villaamil lo que se corre por ahí? Que el Ministro va á presentar á las Cortes una ley estableciendo el *income tax*. La Caña la está estudiando.

— Como que me ha robado mis ideas. Mis cuatro Memorias durmieron en su poder más de un año. Vean ustedes lo que saca uno de quemarse las cejas por estudiar algo que sirva de remedio á esta Hacienda moribunda... País de raterías, Administración de nulidades, cuando no se puede afanar una peseta, se tima el entendimiento ajeno. Ea, con Dios.

Y salía disparado, precipitándose por los escalones abajo, hacia la Dirección de Impuestos (patio de la izquierda), ansioso de calentarle las orejas al amigo La Caña. Á la media hora se le veía otra vez venciendo jadeante la cansada escalera para meterse un rato en el Tesoro ó en Aduanas. Algunas veces, antes de entrar, daba la jaqueca á los porteros, contándoles toda su historia administrativa. «Yo entré á servir en tiempo de la Regencia de Espartero, siendo Ministro el Sr. Surrá y Rull, excelente persona, hombre muy mirado. Me parece que fué ayer

cuando subí por esa escalera. Traía yo unos calzoncitos de cuadros, que se usaban entonces, y mi sombrero de copa, que había estrenado para tomar posesión. De aquel tiempo no queda ya nadie en *la casa*, pues el pobre Cruz, á quien vi en este mismo sitio cuando yo entraba, se las lió hace dos meses. ¡Ay, qué vida ésta!... Mi primer ascenso me lo dió D. Alejandro Mon... buena persona... y de mucho carácter, no se crean ustedes. Aquí se plantificaba á las ocho de la mañana, y hacía trabajar á la tropa; por eso hizo lo que hizo. Como madrugador, no ha habido otro D. Juan Bravo Murillo, y el número uno de los trasnochadores era D. José Salamanca, que nos tenía aquí á los de Secretaría hasta las dos ó las tres de la madrugada. Pues digo, ¿hay alguno entre ustedes que se acuerde de D. Juan Bruil, que, por más señas, me hizo á mí oficial tercero? ¡Ah, qué hombre! Era una pólvora. Pues también el amigo Madoz las gastaba buenas. ¡Qué cascarrabias! Yo tuve el 57 un director que no hacía un servicio al lucero del alba ni despachaba cosa alguna, como no viniera una mujer á pedírsela. Crean ustedes que la perdición del país es la faldamenta».

Los porteros le llevaban el humor mientras podían; pero también llegaron á sentir cansancio de él, y pretextaban ocupaciones para zafarse. El santo varón, después de explayarse por las porterías, volvía adentro, y no faltaba en

Aduanas ó en Propiedades un guasón presumido, como Urbanito, el hijo de Cucúrbitas, que le convidase á café para tirarle de la lengua y divertirse oyendo sus exaltadas quejas. «Miren ustedes; á mí me pasa esto por decente, pues si yo hubiera querido desembuchar ciertas cosas que sé referentes á pájaros gordos, ¿me entienden ustedes?... digo que si yo hubiera sido como otros que van á las redacciones con la denuncia del enjuage A, del enredo B..., otro gallo me cantara... ¿Pero qué resulta? Que aunque uno no quiera ser decente y delicado, no puedo conseguirlo. El pillo nace, el orador se hace. Total, que ni siquiera me vale haber escrito cuatro Memorias que constituyen un plan de Presupuestos, porque un mal amigo á quien se las enseño, me roba la idea y la da por suya. Lo que menos piensan ustedes es que ese dichoso *income tax* que quieren establecer, ¡temprano y con sol!, es idea mía... diez años devanándome los sesos... ¿para qué? Para que un grajo se adorne con mis plumas ó con la obra de mi pluma. Yo digo que si el Ministro sabe esto, si lo sabe el país, ¿qué sucederá? Puede que no suceda nada, porque allá se van el país y el Ministro en lo puereos y desagradecidos... Yo me lavo las manos; yo me estoy en mi casa, y si vienen revoluciones, que vengan; si el país cae en el abismo, que caiga con cien mil demonios. Después dirán: «¡Qué lástima no haber planteado

los cuatro puntos aquellos del buen Villaamil: *Moralidad, Income tax, Aduanas, Unificación!* Pero yo diré: *tarde piache.* «Haberlo visto antes». Dirán: «Pues que sea Villaamil Ministro»; y yo responderé: «Cuando quise no quisiste, y ahora... á buena hora, mangas verdes...» Conque, señores, me voy para que ustedes trabajen. En mis tiempos no había estos ocios. Se fumaba un cigarrito, se tomaba café, y luego al telar... Pero ahora, empleado hay que viene aquí á inventar charadas, á chapucear comedias, revistas de toros y gacetillas. Así está la Administración pública, que es una mujer pública, hablando mal y pronto. Francamente, esto da asco, y yo no sé cómo todos ustedes no hacen dimisión, y dejan solos al Ministro y al Jefe del Personal, á ver cómo se desenvuelven. No, no lo digo en broma; veo que se ríen ustedes, y no es cosa de risa. Dimisión total, huelga en un día dado, á una hora dada... »

Por fin, hartos de este charlar incoherente, le echaban con buenos modos, diciéndole: «Don Ramón, usted debiera ir á tomar el aire. Un paseito por el Retiro le vendría muy bien». Salía rezongando, y en vez de seguir el saludable consejo de oxigenarse, bajaba, mal terciada la capa, y se metía en el Giro Mutuo, donde estaba Montes, ó en Impuestos, donde su amigo Cucúrbitas soportaba con increíble paciencia discursos como éste: «Te digo en

confianza, aquí de tí para mí, que me contento con una plaza de oficial tercero: proponme al Ministro. Mira que siento en mi cabeza unas cosas muy raras, como si se me fuera el santo al cielo. Me entran ganas de decir disparates, y aun recelo que á veces se me salen de la boca. Que me den esos dos meses, ó no sé; creo que pronto empezaré á tirar piedras. Ya sabes mi situación; sabes que no tengo cesantía, porque, si bien soy anterior al 45, mi primer destino no fué de Real orden; no entré en plantilla hasta el 46, gracias á D. Juan Martín Carramolino. Bien te acordarás. Tú estabas por debajo de mí; yo te enseñé á poner una minuta en regla. El 54 tú entraste en la Milicia Nacional; yo no quise, porque nunca me ha gustado la bullanga. Ahí tienes el principio de tu buena fortuna y el de mi desdicha. Gracias al morrión te plantaste de un salto en Jefe de Negociado de segunda, mientras yo me estancaba en oficial primero... Parece mentira, Francisco, que el sombrero influya tanto. Pues dicen que Pez debe su carrera nada más que al chisterómetro de alas anchas y abarquilladas que le da un aire tan solemne... Bien recuerdo que tú me decías: «Ramón, ponte un chaleco de buen ver, que esto ayuda; gasta cuellos altos, muy altos, muy tiesos, que te obliguen á engallar la cabeza con cierto aire de importancia». Yo no te hice caso, y así estoy. Á Basilio, desde que se encajó la levita inglesa, le

empezaron á indicar para el ascenso, y á mí se me antoja que las botas chillonas del amigo Montes, dando á su personalidad un no sé qué de atrevido, insolente y *qué se me da á mí*, han influído para que avance tanto... Sobre todo el sombrero, el sombrero es cosa esencialísima, Francisco, y el tuyo me parece un perfecto modelo... alto de copa y con hechura de trombón, el ala muy semejante á la canaleja de un cura. Luego esas corbatas que tú te permites... Si me colocan, me pondré una igual... Conque ya sabes: oficial tercero: cualquier cosa: el quid está en firmar la nómina, en ser algo, en que cuando entre yo aquí no me parezca que hasta las paredes lloran compadeciéndome... Francisco, hormiga de esta casa, hazlo por Dios y por tus hijos, tres de los cuales tienes ya bien colocados de aspirantes con cinco mil, sin contar á Urbanito que se calza doce. Si mi mujer fuera Pez en vez de ser rana, ¡ay! no estaría yo en seco. Parece que lo tenéis en la masa de la sangre, y cuando nacen tus nenes y sueltan el primer lloro de la vida, en vez de ponerles la teta en la boca, les ponen el *estado Letra A, Sección octava*, del Presupuesto. Adiós; interésate por mí, sácame de este pozo en que me he caído... No quiero molestarte; tienes que hacer. Yo también estoy atareadísimo. Abur, abur».

No se crea que se iba mi hombre á la calle. Atraído de irresistible querencia, se lanzaba

otra vez, jadeante, á la fatigosa ascensión por la escalera, y llegaba sin aliento á Secretaría. Allí cierto día se encontró una novedad. Los porteros, que comúnmente le franqueaban la entrada, le detuvieron, disimulando con insinuaciones piadosas la orden terminante que tenían de no dejarle pasar. «Don Ramón, váyase á su casa, y descanse y duerma para que se le despeje ese meollo. El Jefe está encerrado y no recibe á nadie». Irritóse Villaamil con la desusada consigna y aun quiso forzarla, alegando que no debía regir para él. La capa del infeliz cesante barrió el suelo de aquí para allí, y aun tuvieron los ordenanzas que ponerle el sombrero, desprendido de su cabeza venerable. «Bien, Pepito Pez, bien — decía el infeliz, respirando con dificultad; — así pagas á quien fué tu jefe, y te tapó muchas faltas. En donde menos se piensa salta un ingrato. Basta que yo te haya hecho mil favores, para que me trates como á un negro. Lógica puramente humana... Quedamos enterados. Adiós... ¡Ah! (volviéndose desde la puerta), dígame usted al Jefe del Personal, al D. Soplado ése, que usted y él se pueden ir á escardar cebollinos».